

OTROS

EPISTOLA

A DON JOSÉ DE VARGAS Y PONCE (1)

He recibido tu donosa carta,
Que es de elogios tal vez y vituperios,
Y en un todo extremosa y luenga sarta.

Pues ni soy acreedor á los dicitrios
Tan acres, que me escribes, dulce amigo,
Ni á encomios tan gigantes y tan serios.

Mas la amistad que te enlazó conmigo
A tus ojos agranda mis acciones,
Aun las que juzgas dignas de castigo.

Oye siquiera cuatro reflexiones,
Con que espero sin duda contentarte;
Pues jamás te negaste á las razones.

Muéstrame que ha podido incomodarte,
Aunque sin causa, amigo, suficiente,
(Como no hé de tardar en demostrarte)

El saber que me he puesto ante la frente
Del útil toro con caballo y pica,
Hiriéndole con ánimo valiente.

Mas esto, aunque desbarro fuera, ¿implica
Con el seguir las huellas de Lucano,
O que abandono el Pindo testifica?

El adherirme á un uso, sea villano,
Que reina en este suelo, ¿has entendido
Que marchite, cual suele en el verano

El fuego de Titan enardecido
Las yerbas y las flores, mis virtudes,
Si es que algunas al cielo le he debido?

Razon será que al punto, ¡oh Vargas! mudes
De dictámen, si es tal el que has formado,
Pues se pasa de injusto, no lo dudes.

Recuerda el griego ilustre y celebrado,
Amor de las helénicas beldades,
Que fué gloria de un siglo aventajado.

Hablo del famosísimo Alcibiades,
Discípulo de Sócrates divino
Y varon cual no han visto las edades;

A quien, si damos crédito al latino
Cornelio, y á Plutarco el candoroso,
Mil vicios y virtudes dió el destino.

Y todo en grado heróico. Valeroso
Defensor de su patria, noble escudo
De libertad, pulido, generoso,

Dado á las artes, elocuente, agudo,
Le vió con pasmo la ilustrada Atenas.
Sobrio, feroz, y luchador membrudo,

Sufridor de trabajos y de penas
Le admiró Esparta. Ahogado en los placeres,
De galas y perfumes, que áun apénas

Pudieran tolerarse en las mujeres,
Cubierto, y muelle y sin rubor yaciendo,
Vil juguete de Baco y de Citeres,

A los mismos persianos excediendo,
En Persia se mostró: porque sabia,
Segun iba los pueblos recorriendo,

Acomodarse á aquello que veía.
Culto ateniense fué; duro espartano;
Vicioso persa: todo lo reunía.

No por lo dicho juzgues que tan vano
Soy, que al hijo de Clyniás me compare,
Que estar yo loco entónces fuera llano.

Ni presumas, amigo, que yo ampare
Con tal ejemplo vicios perniciosos:
Lo malo es malo donde quier se hallare.

(1) Es contestacion á un bello romance que escribió este literato al autor, criticándole su afición á torear en el campo y á derribar vacas á caballo con la garrocha, diversion muy grata á los jóvenes andaluces de aquel tiempo. El romance empezaba así:

Bárbaro que así desluces
Los presentes de natura,
Y en demonio, siendo ángel,
Tu torpe sandez te muda:

Antes que tus nobles prendas
Empañe tanta locura,
La plebeya y vil garrocha
Niega á tus manos, y escucha: etc.

Pero á veces á rostros muy hermosos
Un pequeño lunar no les afea;
Por la inversa, los hace más graciosos.

Y cuando nuestra vista se recrea
Por un jardin florido, que lozana
Flora con sus matices hermosea,

Entre la rosa de color de grana,
Y los claveles, murtas y azucenas,
Nos gusta la amapola aunque villana.

Y tal vez en las selvas más amenas
Grosera y ruda zarza hace contraste
Grato, con lauros, chopos y verbenas.

Pero en verdad, amigo, no acertaste
En juzgar delinquí; no he delinquido:
Sin duda de mi accion no te enteraste.

Si hubieras, Vargas, por mi mal sabido
Que en ancho circo destrocé inclemente
Lozano toro á la labor nacido;

Si hubiera yo, siguiendo la corriente
De una costumbre bárbara que aún dura
Y que introdujo la africana gente,

Gozádome, enemigo de natura,
En verter sangre y en ajeno daño,
Con llanto de la triste agricultura,

Tu enojo y tu rigor no fuera extraño,
Y el orbe entero abominar debiera
Tan gran barbaridad, crimen tamaño.

Si á tu noticia por ventura hubiera
Llegado que yo estaba confundido
Entre la turba vil, baja y torera,

Cual suele tanto noble envilecido,
Que perdiendo el respeto á sus mayores
Desmiente su linaje esclarecido;

Si yo, que al són de trompas y atambores,
Cabe el Tajo mi patria defendiendo,
Desprecié de Belona los horrores,

Y el fulminante brazo sacudiendo,
Por lo ménos mostré no ser cobarde,
Ajena y propia sangre allí vertiendo,

Ahora degradado hiciera alarde
De empuñar vil estoque contra un toro,
Fuera justo el enojo que en tí arde.

Sin duda entónces el virgíneo coro
Que habita el alta cumbre de Helicon
Me negara indignado su tesoro.

Mas nada de esto ejecuté; perdona:
Escucha y notarás, amigo amado,
Que mi delito la razon lo abona.

El Bétis cristalino y sosegado
Con su corriente plácida y serena
Riega el suelo andaluz afortunado.

En él derrama grato, á mano llena,
El cielo bienhechor sus ricos dones
Y reina siempre primavera amena.

Selvas de rosas, bosques de limones,
Se encuentran por doquier, grama y verdura,
Con mil maravillosas producciones.

Parece que concede la natura
Más virtud á esta tierra venturosa,
Que á cuantas ven del sol la lumbre pura.

La fuerza de estas aguas poderosa,
La que encierran llanuras y collados,
Y una especie de magia prodigiosa,

Comunican tal fuego á los ganados,
Que en ellas nacen y que en ellos crecen,
Que apénas pueden ser nunca domados.

Los tiernos novillejos ya parecen
Toros cuyo furor el bosque aterra,
Y de fieras el torvo aspecto ofrecen.

En tal estado de la madre tierra
No se avienen, sufriendo la coyunda,
A abrir los senos donde el pan se encierra.

Es primero preciso que confunda
La fuerza humana tanta lozanía,
Tornándole útil buey de fiera inmundia.

En vano un hombre sólo tentaría
Domeñar su furor y alta braveza,
Víctima de su arrojo se vería.

Para lograrlo apela á la destreza,
Sagaz se vale del bridon ardiente,
De su rápido impulso y ligereza.

Para defensa empuña solamente
Ligera lanza; en pos del toro adusto
Se arroja, le acomete de repente;

Y sin que su fiereza le dé susto,
Le acosa hasta que logra derribarlo
Y triunfa en fin de su furor robusto.

Este medio tan sólo hay de domarlo
Para la necesaria agricultura,
A que le plugo al cielo dedicarlo.

En esta ocupacion, que es harto dura,
Y oficio indispensable, aunque penoso,
Ayudé á los vaqueros por ventura.

No cual dices insano y rigoroso
Destrocé el animal que es grato á Céres,
Antes bien le hice á Céres provechoso.

Con esta explicacion, pues justo eres,
Verás que ha sido injusto tu juicio
Y no condenarás tales quehaceres.

¡Ay! ¡Cuánto más terrible es el oficio
De fatigar las selvas y los prados,
Siguiendo de Lucina el ejercicio!

¿Qué daño, ó crueldad, hombres malvados,
Os dan, decid, las aves inocentes,
Y los tímidos ciervos y venados?

¿Por qué los arroyuelos transparentes
Teñís de sangre con furor vertida
De sencillos y tímidos vivientes?

¿Por qué dejais el aura ensordecida
Imitando los rayos y los truenos,
Y la luz con el humo oscurecida?

No solamente, ¡oh gran maldad! serenos
Vierten sangre los duros cazadores,
Sino de gozo y complacencia llenos.

Tal vez sencilla y tierna con clamores
La tórtola publica su tormento,
O llora celos, ó celebra amores;

Tal vez en delicioso arrobamiento
La paloma á su amante ya se entrega
O en pos tiende las alas por el viento,

Y el plomo silbador y raudo llega
Que el hombre duro y montaraz fulmina,
Y su amor y su vida á un punto siega.

Y cuando por el llano y la colina
A la cuitada liebre persiguiendo
El bridon con la espuela desatina;

Y cuando con clamor y horrible estruendo
Los montes y las selvas ensordece
A la inocente cierva sorprendiendo,

El hombre, ¿fiera horrible no parece?
¡Cuál exalta la rabia de los perros
Y sangre y destruccion sólo apetece!

¡Cómo el refugio de los altos cerros
Busca la corza mísera y cobarde,
Y las cuevas y lóbregos encierros!

Mas ¡ay! no halla un asilo que la guarde
Del plomo ó de la flecha matadora,
O del furor que en los lebreles arde.

Yo he visto ¡oh Dios! cómo la cierva llora
Cuando siente su pecho traspasado,
O sin vigor la planta voladora.

Yo escuché su gemido y he temblado...
La gula de los hombres insaciable
Tan horrendo ejercicio ha fomentado.

¿Y nadie ¡oh vicio! lo miró execrable?
¿Ni aún tú mismo que adusto me condenas?
¡Opiniones del mundo miserable!

Yo causo á un bravo toro daño apenas,
Para tomarlo productivo y bueno,
Y tú de horror y compasion te llenas;

Y elogiarás tal vez al que sereno
Llena de sangre el monte y la llanura,
Para saciar su vientre ó el ajeno.

Mas si tu enojo, oh Vargas, por ventura
Le motivó el juzgar que abandonaba
De las artes y musas la cultura,

Y que del todo al todo me entregaba
A estas rústicas duras diversiones,
Harto imbécil tu mente me juzgaba.

¡Pues qué! ¿Pueden jamás los corazones
Que siquiera una vez hayan sentido
De las musas las tiernas impresiones,

Abandonarlas en el hondo olvido
Y huir de sus halagos placenteros?
¿Quién tan bárbaro, dime, acaso ha sido?

Yo las amé rendido en los primeros
Años de mi existencia, las he amado,
Y amaré sus encantos lisonjeros.

Mi placer ellos siempre y mi cuidado
Han sido y lo serán. Ni los horrores
Del fiero Marte en que me ví empeñado,

Ni de la adversa suerte los rigores,
Ni mis fatigas y penosos males,
Ni del mundo falaz los sinsabores,

El culto de las musas celestiales
Me hicieron olvidar, pues mi consuelo
Fueron siempre sus gracias divinales.

Y ahora que vivo en mi paterno suelo
Donde moraron siempre, ¿imaginaste
Que no han de ser mi gozo y mi desvelo?

Pronto conocerás que te engañaste,
Cuando escuches mil himnos y canciones,
Cual jamás en mi cítara escuchaste,

Y cuando el tuyo y otros corazones
Al ver de doña Blanca el fin lloroso
Sientan de espanto y pena sensaciones (1);

Pues Melpómene heróica el horroroso
Suceso de esta reina desgraciada
Ha inspirado á mi acento lastimoso.

Ni tengo á la pintura abandonada,
Que el lienzo maticé con los colores
Retratando á Lucrecia desmayada,

Luchando con la muerte y sus horrores,
Y aquella heróica sangre derramando,
Salud de esclavos, muerte de opresores.

Ya miro que te vas desenojando,
Y que como á las flores manso viento,
La risa está tus labios halagando...
¿No es verdad, Vargas? dí, ¿quedas contento?

Córdoba, Marzo, 1817.

(1) Esta tragedia, titulada *Doña Blanca*, la tercera que escribió el autor, se ha perdido, desapareciendo el manuscrito en el robo que padeció su equipaje en el río de Sevilla el día de San Antonio del año 23.



AL REY NUESTRO SEÑOR (1)

QUE SE DIGNÓ PRESENCIAR EL EJERCICIO GENERAL DE LOS ESCUADRONES DE LA GUARDIA DE SU REAL PERSONA,
HONRÁNDOLOS EN SEGUIDA CON PONERSE Á SU CABEZA

Dad, sagradas deidades de Helicon,
Vuestro sublime aliento al pecho mio,
Para cantar al ínclito FERNANDO.
Llegue mi voz á la encumbrada zona,
Del abrasado Sur al Norte frio
Su nombre por la esfera derramando;
Y la lira pulsando
En las alas del viento,
El estruendo hervoroso
Del mar venza mi acento,
Y el ronco trueno, y huracan silboso;
Y el nombre augusto de FERNANDO suene,
Y de un polo á otro polo el orbe llene.

Tu excelso nombre, oh Rey, oh Rey amado,
Predilecto de Dios, que al monstruo horrendo,
Que al abrazarte en bárbaras cadenas
Tornó el abrazo fraternal, airado
Lanzó su rayo vengador, hiriendo
Aquella torva frente; y ni áun apénas
Su nombre existe... Escenas
De dolor y de gloria,
Y á un tiempo de alegría,
¿Cuál llenais mi memoria
En este fausto y apacible dia!...
¿Dó me arrebató el númen sacrosanto,
Que el tiempo que ya fué torna á mi canto?...

Estas plazas, oh Rey, de Mantua augusta,
Yo ví de sangre y mortandad cubiertas,
Cuando en hierros tus hijos te miraron.
Aquí la furia aleve y saña injusta
De tu opresor se vieron descubiertas,
Y sus haces belíferas temblaron.
Ardorosos gritaron
Tus valientes: *Venganza;*
Armas les da su brío,
Arrollan la pujanza

(1) Esta composición, escrita á insinuación del Rey, y que tuvo la honra de ser leída á SS. MM., teniendo la bondad la misma Reina de alumbrar con una vela que con sus reales manos alcanzó de un candelabro, no mereció la aprobación del juez de imprenta, quien prohibió su publicación. Este incidente ocasionó una polémica muy original entre el autor y el juez, en que intervino el célebre literato D. Manuel María de Arjona, y que divirtió mucho al rey Fernando. Quien finalmente cortó generosamente la controversia, mandando terminantemente la impresión.

Del triunfador, y su alto poderío;
Y mancebos, y vírgenes, y ancianos
Sangre cálida ostentan en las manos.

Y entre tanto que Dios era tu escudo,
Custodiando tu vida idolatrada,
Y tu apenado pecho confortando,
Al arcángel su lanza dió, ceñudo
Miró, y tembló la angélica morada,
El trueno de su enojo retumbando;
Y el aquilon bramando,
Al ministro glorioso
De la ira omnipotente
Condujo presuroso,
Más brillante que el sol en el Oriente,
Sobre sus alas al hesperio suelo,
Sin tí en triste orfandad y hundido en duelo.

Y en la yerta, enriscada y agria cumbre
Del nivoso pinífero Fonfria
Dió el grito de la guerra. Retumbaron
Las hondas cuevas, y la viva lumbre
De su frente ofuscó la luz del dia.
El acento tus hijos escucharon,
Y en tu auxilio volaron
Los de Turia, y de Ibero,
Y de Genil, y de Betis,
Y de Miño, y de Duero,
Y los que baña la azulada Tetis,
Y los de Tajo, y los de la alta Sierra,
Y á la venganza van gritando: *Guerra.*

Y cual suele el Océano espumoso,
Por cien contrarios vientos agitado,
Alzar ferviente con horrible estruendo
Montañas bramadoras, y furioso
Combatir el escollo agigantado,
Y hundirlo en el abismo; tal, ardiendo
En enojo tremendo,
Las huestes se lanzaron
Sobre tus opresores:
En sangre se inundaron
Valles y cumbres: hórridos clamores
Retumban por doquier; y armas y saña,
Y exterminio y horror cubren á España.

¡Ay, cuánto afán, y hazañas, y fatigas
Costaste á tu nación!... todo lo inunda
De la devastación el gran torrente;
Y como el segador abate espigas,
El filo de la muerte furibunda
Troncha esforzados... ¡Ay! cuánto valiente
A su impulso inclemente
Cayó, cual en la sierra
De Moncayo los pinos,
Si el Noto le hace guerra,
Y ciento á ciento arrastra á remolinos!
Mas no cesa la lid: do mil perecen,
Otros mil á vengarlos aparecen.

En castillos las chozas de pastores,
Los cayados en lanzas se tornaron.
Nadie evita el combate. Hundido el muro,
Ni se rinde á los bronces tronadores;
Las huestes rotas nueva lid buscaron,
Y no hay ceder. En el silencio oscuro
El Orion y Arturo
Ven combatir. La aurora
Ve combatir. La lumbre
Del sol desde que dora
De Pirineo la fragosa cumbre,
Hasta que hunde en el mar su carro ardiente,
Ve combatir á la española gente.

De los que en el combate perecían
Los manes, aún de sangre salpicados,
Desde las rotas nubes alentaban
A los que en él tenaces persistían,
Y contra el fiero Marte denodados,
Y contra el infortunio peleaban,
Y constantes clamaban:
No haya tregua. Y sañudos
Y firmes no cedieran,
Y los embates crudos
De la áspera fortuna resistieran;
Como suele en los montes de Castilla
Al huracán la octava maravilla.

Confusion, heroísmo, sangre, duelo,
Altísima constancia, valentía,
Infortunios, amor al rey Fernando
A un tiempo llenan el hispano suelo...
... Mas ¿dónde, dónde vas, oh lira mía,
Desastres y fatigas recordando,
Si estamos ya gozando
El premio delicioso,
El suspirado fruto
De tanto hecho famoso,

De tanta privación, de tanto luto?
Y roto ya, oh mi rey, tu cautiverio,
Eres el gozo de tu heróico imperio.

¡Sí; ¡oh placer! El canto de victoria
Resuena en vez del bélico alarido
En el orbe español. El dulce acento
De los himnos de paz y eterna gloria,
Sucede al trueno y hórrido estampido:
Triunfado ha la virtud. Suave contento
El terrible lamento
Tornóse; y ya Fernando,
Con su familia augusta,
Felice gobernando
A los leales, que la rabia injusta
Del dragon destruyeron, goza ahora
La ternura de un pueblo que le adora.

Musas, Musas, él es. Miradle al frente
De los gallardos, fieros escuadrones,
El purísimo sol oscureciendo
Con su régio esplendor. La refulgente
Espada empuña... ¡Qué!... ¿Temblais, naciones?...
Desechad el temor, que no el horrendo
Mavorte en ira ardiendo
La da á la diestra fuerte,
Ni están de nuevo abiertas,
Dando paso á la muerte,
Del doble Jano las terribles puertas.
Es pacífico alarde... Mas no en vano
Temblais aún de un alarde castellano.

Egregio rey, el escuadron guerrero,
Que en pos de tí resplandeciente brilla,
Fué el brazo de la muerte en tu defensa.
¡Ah, cuántas veces desnudó el acero,
Como saben los campos de Castilla,
Y se arrojó á la lid!... Horrible ofensa
La multitud inmensa
Sintió á su excelso brío.
Los fuertes se turbaron,
Llenos de espanto frio,
Y su audaz altiveza doblegaron,
Huyendo de esos nobles vencedores,
Cual cierva de los canes ladrones.

En contra del poder y la fortuna
El Tajo presenció su alta osadía,
En los campos do Antígola azulea.
Sin esperanza de vencer alguna,
¿Cuál se lanzaron el aciago día,
Sembrando horror y asombro, á la pelea!

Eterno el nombre sea
De los nobles gloriosos...
La horrible muchedumbre
Despreciaron sañosos;
Y al trasmontar del sol la viva lumbre,
Sonó el clarín, volaron atrevidos,
Y deshechos quedaron, no vencidos.

Salve, heróico escuadron; salve, oh valientes:
Yo entre vosotros combatí. Alentado,
Vuestro ejemplo santísimo siguiendo,
Con mi sangre aumenté la vuestra ardiente
Que aquel suelo regó... ¡Cuánto esforzado,
En lid tan horrorosa combatiendo,
Arrebató el horrendo
Cuchillo de la muerte!...
Firmes contrarestando
La embravecida suerte,
Gritaban al caer: *Viva Fernando*.
Y los que no doblasteis las cervices,
¡Cómo ostentais lustrosas cicatrices!

¡Oh sombras de los mártires primeros
De la inmortal Madrid: sagrados manes
De los que en mil batallas desastrosas,
Víctimas fuisteis de los hados fieros!
Venid: de vuestros ínclitos afanes
Ved el ansiado fruto. En albas rosas
Y palmas victoriosas
Ceñid la excelsa frente,
Y vagando en el viento,
Ved de la hispana gente



SONETO

HERNO pesar, amargo abatimiento,
Pintado está en tu rostro, oh Nise hermosa,
Porque la cruda suerte rigurosa
De tí aleja tu amor. ¡Duro tormento!

Suspiros das al compasivo viento,
Llanto á tu faz envidia de la rosa,
Late tu seno, tu alma no reposa:
¡Feliz quien mereció tal sentimiento!

No más, ¡ah! que la pena ha de acabarte,
¿Y quién podrá vivir si te perdemos?
Que tu afliccion moderes ¡ay! te pido...

Mas ¿para qué me canso en consolarte,
Si eres mujer, y pronto esos extremos
Serán risa, desprecio, burla, olvido?

1817

El placer, y gozaos en su contento,
Y acatad al gran rey, por quien gloriosos
Rendisteis los alientos generosos.

Alza la frente, humilde Manzanares,
De juncias y verbenas coronada,
Y mira á tu señor augusto, armado
Más gallardo que Marte. Mil cantares
Las ninfas de tu márgen fortunada,
Broten ledas del labio delicado;
Y del jóven amado
Entonen los loores,
Conmoviendo su canto
Los árboles y flores
De tus orillas con sabroso encanto;
Y tú, esforzando el divinal aliento,
Entona un viva, que ensordezca el viento.

Corra tu voz por la anchurosa Hesperia,
Y *viva el rey*, repita el castellano;
Y *viva*, el pueblo astur. *Viva*, resuene
En el fuerte Aragon, en Celtiberia,
Y lo repita el leve valenciano,
Y en la encantada Turdetania suene.
La Península llene;
El piélagos profundo
Pase, y *viva Fernando*
Repita el Nuevo Mundo,
El mar del Sur los *vivas* escuchando.
Y en cuanto alumbra el sol y el cielo abarca,
Viva tu nombre, altísimo monarca.

1817

LA BORRASCA, A LAUSO

¡Ay, cuál el turbio mar hierve espumoso,
Y estas peñas altísimas quebranta,
Y se entumece hinchado, y se levanta
Compelido del ábrego silboso!
¡Cuál su furor espanta!

Bramando viene el huracan sañudo,
Y las cóncavas grutas espantosas
Retumban á lo léjos temerosas
Al hórrido fragor del trueno rudo,
Y gimen congojosas.

La negra nube enluta el alto cielo;
Y el súbito relámpago encendido,
Y el rayo por los aires desprendido
Llenan de asombro y de pavor el suelo,
Pasmado y confundido.

¿Y sacas, pobre Lauso, tu barquilla?...
¿No ves del mar el sordo movimiento?
¿No oyes gemir el animoso viento?

Vuelve, mísero, vuélvete á la orilla:
Muda, muda de intento.

Vuelve, infelice, vuelve á la ribera...
¿Qué intentas ¡ay! sin esperanza alguna?
¿Cuando á besar la planta de la luna
Sube con ronco hervor la espuma fiera,
Quieres tener fortuna?

Mira estas playas, mira estas arenas
Cubiertas de vestigios de altas naves,
De gruesos troncos y de leños graves,
De quebrantados mástiles y entenas,
Y de robustos traves.

Guarte, mi Lauso, guarte, que las olas
Destrozarán tu leño miserable.
Advierte que su furia inexorable
No respeta de régias banderolas
El orgullo indomable.

1817



SONETO

En este bosque por la vez primera,
Turbado dije á Virta: Yo te adoro;
Y ella bajó la frente que orna el oro,
Y gozoso rubor su faz tiñera.

Sentada en ese tronco placentera,
Siempre, me dijo, te amaré, Lidoro:
De aquella fuente al lado, en dulce lloro
De mí celosa acaso prorumpiera.

De aquel fresno á la sombra deliciosa,
En coloquios de amor la siesta ardiente
Pasé con ella ufano y satisfecho.

Mas ¡qué recuerdos!... ¡ay! ¡Virta engañosa!
Existen bosque y tronco y fresno y fuente;
Y no mi amor en tu mudable pecho.

1817